

PERIODISMO Y MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DE LA SHOAH

Adriana Schryver Kurtz ¹

RESUMEN

Irónicamente, el periodismo, como parte noble del aparato mediático de la sociedad de consumo contemporánea, hoy representa una perspectiva real de rescate de la memoria de las vidas devastadas por la Shoah, uno de los eventos históricos más aterradores del siglo y que Theodor Adorno nombró, con pertinencia, de “La Era de las Catástrofes”. Acusada por Walter Benjamín de ser detonadora de la muerte de la narrativa, la prensa – a partir de una simple nota publicada el 22 de septiembre de 1981, en *Der Tagesspiegel*, vehículo de la República Federal Alemana – acabaría por develar las memorias aparentemente perdidas de la “judía” Felice Rahel Schragenheim, a través del valiente testimonio de la “aria” Elisabeth Wust, con quien viviría una tórrida historia de amor en 1943, bajo los efectos de la violencia política antisemita berlinesa, capital alemana del III Reich. Este es el caso puntual del inusitado reencuentro del periodismo con una de sus más ricas y delicadas posibilidades; la de rescatar las memorias individuales, rompiendo así el silencio y el olvido, última violencia de una sucesión de indignidades, arbitrariedades, expolios y todo tipo de crueldades que marcaron la persecución, confinamiento y deportación de judíos europeos hacia el proceso final de aniquilamiento industrial.

Palabras clave

Consumo cultural, memoria, periodismo, holocausto.

Abstract

Ironically, journalism, as a noble part of the media apparatus in contemporary consumerist society, is now a real prospect of rescuing the memory of lives devastated by the Shoah, one of the most terrifying historical events of the century that Theodor Adorno called, with relevance, the "Era of Disaster." Accused by Walter Benjamin as being the trigger of the death of narrative, the press - from a simple note published on September 22, 1981, in *Der Tagesspiegel*, a newspaper of the Federal Republic of Germany - would reveal the memories (apparently lost) of the "Jewish" Felice Rahel Schragenheim through the courageous testimony of the "Aryan" Elisabeth Wust, the woman with whom she lived a torrid love story in 1943 under the violent anti-Semitic policies in Berlin, capital of the Nazi Reich. This is an unusual case of reunion of Journalism with one of its most delicate and rich possibilities: the redemption of individual memories, thus breaking the silence and neglect, the last violence of a succession of indignities, arbitrariness, spoils and all kinds of cruelty which have marked the persecution, confinement and deportation of European Jews aiming, finally, at the industrial process of its destruction.

Keywords

Cultural Consumption, Memory, Journalism, Holocaust

Una historia de amor, entre memorias y notas periodísticas

Muchas veces, los niños dicen: “Mamá, tengo hambre”. Esta guerra de mierda. No sé si vamos a conseguir salir de aquí después de la guerra. Quién sabe si van a notar diferencias entre nosotros y los nazis. Dios mío, estamos hartos de todo esto, creemos que las personas nunca cambiarán.

Guerras heroicas y antisemitismo, ¡Qué asco! ¡Muchas gracias! No quiero tener más nada que ver con Alemania. No con esta Alemania.

Diario de Lilly Wust – abril de 1945

La autora de este fragmento, no pudo realizar su deseo de abandonar el país, sin embargo, fue vista de forma diferente en relación a los nazis de la época, y, sobretodo, por los nazis renitentes, de forma que muchas veces se materializó en el más absoluto desprecio de sus conterráneos. Las personas, en general, poco cambiaron y aquella Alemania que provocó repugnancia se mostró finalmente injusta e incapaz de recompensar de cualquier forma los terribles sufrimientos y privaciones provocados por la tiranía nazi y por la guerra.² Si no fuese por la iniciativa de su hijo Bernd, esa mujer – de cierta forma una heroína, o, tal vez, todo lo contrario –podría haber permanecido en total desconocimiento público. Una condecoración oficial y la respectiva cobertura periodística alemana cambiaría ese final. “Ayer, Elizabeth Wust, de sesenta y ocho años, de Lichterfeld, recibió de manos del Senador para Asuntos Internos, Lummer, la Cruz Federal de Méritos Especiales (*Bundesverdienstkreuz*), concedida por el Presidente de la República. Entre 1942 y 1945, Elizabeth Wust escondió y protegió a cuatro mujeres judías en su apartamento del barrio de Schmargendorf. Una de ellas detenida por la Gestapo falleció en el campo de concentración de Auschwitz, las otras tres sobrevivieron al régimen. Se trata de la vigésima primera Cruz de Méritos para “Héroes anónimos” –aquellos que auxiliaron a personas perseguidas durante el régimen nazi alemán.

Como diría Marta Tafalla en el texto *Recordar para no repetir: el nuevo imperativo categórico de T. W. Adorno*, está en nuestras manos que el pasado y el futuro sean más justos. El pasado, dice la autora, “no es lo acabado, sino una pluralidad de líneas truncadas, historias interrumpidas que hemos de heredar, continuar y concluir”. Un verdadero avance en términos de justicia se sustenta sobre la memoria, pues ella mantiene un vínculo con experiencias anteriores capaces de generar un aprendizaje moral. “Las historias individuales o las historias conjuntas sedimentan una experiencia que es la única fuente posible de criterios o de normas morales” (Tafalla. 2003: 144-

145) en un mundo para siempre condenado a recordar los horrores acumulados por los totalitarismos del Siglo XX, que tiene en Auschwitz su expresión más definitiva. Porque, como diría Adorno, la diferencia entre la muerte y la nada es la memoria: nos salvamos cuando recordamos o cuando nos recuerdan³ (apud Tafalla. 2003: 150). Tengamos conciencia, advierte Manuel Reyes Mate, en la obra *La razón de los vencidos*, de que:

“alguien nos está esperando: ha sido anterior a nosotros pero no ha quedado atrás sino que se nos ha adelantado. ¿Quién es ese? Las víctimas, el ejército de perdedores que, todos aquellos que no pueden descansar tranquilos porque se les ha privado de su dignidad. Si nos esperan es porque tienen una factura que pasarnos, tienen unos derechos pendientes que nosotros debemos saldar. ¿Por qué nosotros si ellos son anteriores a nosotros? Porque nuestro bienestar y nuestra felicidad tiene que ver con ellos[...] Nacemos con una responsabilidad adquirida. Todos somos herederos de injusticias pasadas: unos las heredan como fortunas y otros, como infortunios” (Tafalla. 2003: 144).

La breve noticia, en pocas líneas, publicada en el periódico *Der Tagesspiegel*, el 22 de septiembre de 1981, en la República Federal Alemana, sería apenas una de las manifestaciones de los medios periodísticos germanos sobre el reconocimiento –hecho burocrático y tardío– a Elisabeth Wust, nacida Kappler, conocida en su círculo más íntimo como Lilly, por desafiar al nazismo de Adolf Hitler y su camarilla al dar abrigo a cuatro mujeres condenadas a la “Solución Final del Problema Judío”, como se solía decir a inicios de los cuarenta en la *novilingua* del Nacional Socialismo. Eran ellas, las médicas Katja Laserstein, de 45 años, Rose Ollendorf, de 40 y Lucie Friedlaender, de 51, que en agosto del cuarenta y cinco cuando cae el III Reich, comete suicidio en casa de Lilly, envenenándose con Veronal. La mujer detenida por la Gestapo, la cual hace referencia esta nota periodística, se llamaba Felice Rahel Schragenheim, nacida en Berlín en 1922. Detenida cuando volvía al apartamento de Lilly, fue inmediatamente enviada para el tristemente afamado edificio de la calle Schulstrasse 78, el Hospital Judaico, transformado en centro de detención de judíos capturados en Berlín, capital del III Reich, la mayoría finalizando una vida clandestina.

De Schullstrasse -de donde en la época ya se sabía que sus detenidos serían deportados para el este– Felice Schragenheim sería entonces transferida para el Gueto de Theresienstadt, a 350 kilómetros de distancia, en el transporte número 14.890-I/116. La

fecha exacta de este viaje fue el 8 de septiembre de 1944. Esta información, aún, no sería la última precisa sobre la trayectoria seguida por la judía “Felice Sara Schragenheim” rumbo a las estadísticas de las víctimas del Holocausto. De Theresienstadt, donde Elisabeth Wust intentaría en vano verla personalmente, Felice acabaría removida para Auschwitz el día 9 de octubre de 1944, en el vagón de transporte para ganado número Ep-342, eso en un momento en que la industria de la guerra demandaba urgentemente de trabajadores judíos. Su permanencia en Auschwitz, verdadero símbolo de los campos de la muerte, hasta donde se podría reconstituir, de forma siempre incompleta, habría sido breve.

Un nuevo traslado la llevaría para el complejo de Gross-Rosen, situado en la Baja Silesia, a unos sesenta kilómetros de Wroclaw (Breslau). El campo de propiedad de la Deutsche Erd-und Steinwerke GmbH, fue construido en mayo de 1939 cerca de la planta de extracción de granito de Gross-Rosen, después inaugurado en agosto de 1940 como puesto de comando de concentración de Sachsenhausen y transformado, en mayo de 1941, en campo de concentración autónomo, pasando a contar con un número de hasta ciento sesenta unidades de los llamados “comandos externos”. Estos campos afiliados, integrados por, aproximadamente, quinientos a mil esclavos, producían para grandes grupos industriales alemanes como IG Farben, Siemens Halske y Cupe, además de hilanderías y empresas de armamentos.

Gross-Rosen vería aumentar el contingente de mano de obra esclava y de judíos evacuados de los campos de Plaszow y de Auschwitz-Birkenau a finales de 1943, como resultado de la reorganización del método que hasta ese momento venía usando la SS nazi para explotar la mano de obra judía. Ese campo también recibiría, desde marzo del 44 a inicio de enero del 45, un nuevo flujo continuo de judíos de Polonia, Hungría, Bélgica, Francia, Grecia, Yugoslavia, Eslovaquia e Italia. En enero de 1945, Felice Schragenheim sumaba su nombre o número a la contabilidad general de Gross-Rosen: ochenta mil detenidos, de los cuales una tercera parte era de mujeres. Era el mayor campo de concentración femenino, después de Ravensbrück y Stutthof. Al final de enero –o entre ese periodo y el mes de febrero– las prisioneras de Gross-Rosen comienzan largas marchas a pie rumbo al interior del III Reich. Esa evacuación tiene variadas direcciones: Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Flossenbürg, Mauthausen y Mittelbau. Durante estas “marchas de la muerte”, treinta y seis mil personas hicieron sus

últimos esfuerzos para sobrevivir: la exacta circunstancia de estos óbitos permanecerán en la incógnita para los investigadores y para sus familiares.

Informaciones desencontradas llegarían a afirmar que Felice Schragenheim fue transferida de Gross-Rosen para Bergen-Belsen. La carta de una conocida, databa de agosto de 1945 y decía que Felice habría sido vista después de la liberación, haciendo planes para viajar a algún lugar –la informante no recuerda para donde- a fin de recuperarse del delicado estado de salud en que había quedado. Sin embargo a fin de año, Elizabeth Wust le manda una carta a Irene Schragenheim, hermana de Felice, diciéndole “sin esperanzas” después de saber de la transferencia de setecientas mujeres de Gross-Rosen para Bergen-Belsen en los meses de enero y febrero: prácticamente todas habrían muerto de hambre y de fiebre tifoidea. En junio de 1946, una última carta parece echar por tierra todas las esperanzas: una prisionera que logró sobrevivir a aquella marcha, garantía no haber cruzado con ninguna Felice y tampoco se la recordaban sus compañeras de infortunio. “Desgraciadamente, ella también debe haber compartido el destino de millones de compañeras del campo de concentración”, decía la informante (Fischer. 1999: 264-270).

Sin embargo Lilly continuaría su búsqueda, haciendo contactos y, sobretodo, esperando durante los años de 1946 a 1947, bajo enormes dificultades en un país totalmente arrasado, administrado ahora por nuevas autoridades de los países aliados vencedores del conflicto. Sus cuatro hijos, frutos de su casamiento con Günther Wust, soldado nazi convicto –además de antisemita –también esperaban ansiosos el retorno de la joven que en poco más de un año, había cautivado a su familia. “Mamá, Tía Felice va a volver” decía Albrecht, al ver a su madre entristecida. La espera será inútil: el 14 de febrero de 1948, la judía Felice Schragenheim es oficialmente considerada muerta por el Forum de Berlín –Charlottenburg. La fecha de su fallecimiento fue fijada aleatoriamente como siendo el 31 de diciembre de 1944. Ese día, Elizabeth Wust siente que su mundo ya por demás fragilizado y vacío está por venirse abajo. Felice, o mejor dicho Jaguar, era, como solía decir Lilly, “mi única persona”. En abril de 1945, cuando aún alimentaba alguna esperanza de volverla a ver con vida, escribió en su libro: “ruega por nosotros ahora, mi única persona. Tal vez sólo quede este diario para hablar de este mi gran amor. Dios, haga que nos reencontremos. Haga con que podamos olvidar, juntas, lo que

sufrimos. Dios todo poderoso. Te amo Felice Schragenheim, hasta la muerte (Wust apud Fischer. 1999: 247).

Era el final de una historia de amor improbable y, tal vez, por eso, fascinante. La judía Felice Rahel Schragenheim, de veinte años, entra en la vida de Elisabeth Wust, típica ama de casa alemana, ya condecorada con la Cruz de la Maternidad en bronce, en el momento que su cuarto hijo completaba su primer año de vida. El marido, Günther Wust, en la vida civil funcionario del Deutsche Bank, cumple servicio militar en Bernau, cerca de Berlín. El apartamento espacioso con sus cuatro cuartos ostenta una efigie del *Führer*, posee un ejemplar de “Mi Lucha” y recibe, regularmente, el *Völkischer Beobachter*. Se trataba, en palabras de Lilly, de “una familia fiel a los principios alemanes”, con un detalle igualmente fiel a los ideales alemanes de la época: Günther, “un verdadero prusiano”, aún no siendo afiliado al NSDAP, era nazi y mantenía una clara tendencia antisemita. “Era, simplemente, un buen alemán” diría, de forma simple y tal vez realista, su ex esposa, madre de tres de sus hijos (Fischer. 1999: 16-17). El cuarto sería fruto de uno de los casos extramatrimoniales de Elizabeth, que comenzó a recibir a otros hombres en casa después que descubrió que su marido tenía una amante.

Pues esta historia de amor improbable, acabaría emergiendo del gran océano de la Historia, en toda su *incomplitud* y en su sencillez. La cobertura de la prensa alemana de la condecoración a Lilly con la Orden Federal al Mérito tendría otras consecuencias. Cuatro años después del reconocimiento público de su intervención por salvar la vida de cuatro mujeres judías perseguidas por el “Reich de los mil años”, un periodista estadounidense consigue localizar a Elisabeth Wust, con la ayuda del Senado de Berlín: pretendiendo incluir su historia en una obra que piensa escribir con el sugestivo nombre de *The Good Germans*. Un testigo seguramente propenso a revelar sus secretos encuentra un distinguido profesional en el arte de conseguir sacar de sus interlocutores sus más íntimas vivencias, impresiones y convicciones. Estamos en 1985, ya habían pasado cuarenta y un años. Entonces, Lilly diría la verdad. “Que la judía Schragenheim no era apenas su amiga, sino también su vida”. Y, más tarde, aún llegaría a admitir más: “A veces me pongo triste, ahora la historia no es más sólo mía” (Fischer. 1999: 278).

Memoria en tiempos de industria y de consumo cultural

Es la memoria, dice Tafalla, quien puede comprender y redimir a la historia, al salvar al individuo. Si la historia camina en dirección al futuro al ritmo del olvido y de la ignorancia, reconociendo que sus avances – progreso⁴ – se pagan con el sufrimiento individual, en la memoria el individuo toma conciencia de sí y se resiste a la narración oficial de la historia. El objeto de la memoria de las historias contra la Historia será, antes que todo, el dolor – pero no para reducirlo al simple luto (Tafalla, 2003, p. 141). “La necesidad de dejar hablar al dolor es condición para toda la verdad”, asegura Adorno en su *Dialéctica Negativa*. El dolor, hay que señalar, es individual y no se deja comprender sin recuperar la perspectiva del individuo que fue transformado a partir de ese sufrimiento.

De esa forma, la necesidad de reconocer la verdad del dolor se transforma en llamado a las víctimas para que ofrezcan ese testimonio y, en general, un llamado a las voces individuales, reclamándoles a todos ellos la transmisión de su experiencia, que encontraría su forma privilegiada, argumenta Adorno, en auténticas obras de arte (Tafalla. 2003: 142). Aún en ese caso, irónicamente, no se trata de la expresión estética –arte serio-⁵ como preferiría el filósofo frankfurtiano y sí, lo que junto a Max Horkheimer, después, llamaron *Industria Cultural* (1985) o, como prefiere la teoría contemporánea y siguiendo a Néstor García Canclini (1993), en el ámbito de un *consumo cultural*. De cualquier manera, será en ese contexto, de encuentro y de interrelación entre periodismo y memoria, que ese testimonio de Lilly podrá subvertir la lógica del Holocausto: se trata de una “aria” que en medio de la sociedad de los verdugos ve partir, para siempre, a la víctima a quien había jurado “amar hasta la muerte”.

A esa mujer alemana le tocó asumir no sólo lo que Jürgen Habermas llamó de “peso de la culpa colectiva”, sino también dar un paso más adelante, admitiendo, por un lado, la culpa colectiva y por otro, asumiendo *la obligación moral* que ella implica. “Primero está el deber que tenemos aquí en Alemania... de mantener viva la memoria del sufrimiento de aquellos que perecieron en manos de los alemanes” (Habermas. 2001: 15), diría el integrante de la segunda generación de la Teoría Crítica y de la llamada Escuela de Frankfurt en un famoso debate trabado con historiadores revisionistas germanos -la *Historikerstreit*, entre los años de 1986 y 1987.

Pues, a Felice Sara Schragenheim, como a otros millones de víctimas, no le fue concedida la dura prerrogativa de ofrecerle su testimonio (pensemos en la trayectoria de Primo Levi). Su presumible fin sólo puede ser evocado a partir del relato de sus compañeros, de los pocos que sobrevivieron. Como recordaría el historiador Saul Friedlander, en una obra en que se reflexionó sobre los dilemas y responsabilidades de la relación entre historia y memoria, “el testimonio de las víctimas son nuestra única fuente para la historia de su propia muerte y su camino rumbo a la destrucción” una vez que “evoca, a su forma, caóticamente, la profundidad de su terror, desesperación, apática resignación y total incompreensión” (Friedlander. 2001: 13).

Las materias periodísticas que sacaron a Elisabeth Wust del anonimato a partir del 22 de septiembre de 1981, dejaron de registrar, así, la óptica más emocionante de aquellos hechos de los años cuarenta. Una historia de solidaridad, humanidad y valor que abarcaba a Katja Laserstein, a Rose Ollendorf y a Lucie Friedlaender, pero que ganaba contornos de una pasión y erotismo explosivos en relación a Felice Rahel Schragenheim, alias *Jaguar*. Nada menos que un amor lesbiano en la Alemania misógina de Adolf Hitler, donde las mujeres - tales como las masas - según afirmaba el propio *Führer*, les gustaba ser dominadas y, al límite, violentadas. No sería considerado eso, finalmente, un hecho banal. Lilly conocería a Felice por intermedio de Inge Wolf, que a los veintiún años se ve obligada por el III Reich a cumplir su “año doméstico obligatorio”, en una casa con por lo menos cuatro niños, convirtiéndose en la empleada de la familia Wust. Inge y Felice en esa época son amantes, aunque su relación sea abierta, y permita a ambas tener esporádicas aventuras sexuales con otras mujeres. Ya viviendo en la clandestinidad y escondida en casa de los padres de Inge, Felice acompaña deliciada los relatos y comentarios de su amiga a cerca de Elisabeth Wust. De hecho, comienza a fantasear un caso amoroso con la mujer pelirroja y esbelta, de 29 años, que engañaba a su marido nazi con otros hombres mientras criaba cuatro adorables hijos.

Osada y decidida, Felice convencería a Inge a presentarla a la Sra. Wust. El 27 de noviembre de 1942, Lilly e Inge se dirigen al Café Berlín, al lado de UFA-Palast, en la estación Zoo, para un encuentro “con una de las amigas de Inge”. Lilly ya había percibido que su empleada era lesbiana, sin embargo discreta, aparenta ingenuidad. Entonces, se ve delante a una joven morena, de aspecto bien cuidado, vistiendo un

tailleur de fino tejido inglés, largas piernas en medias de seda – un visual bastante femenino para Felice que, en general, ostentaba una postura más masculinizada. La impresión sobre Lilly es inmediata. La Sra. Wust no deja de notar una sonrisa abierta con impecable dentadura y contagiante alegría, la manera fascinante de decir las cosas – cualquier cosa -; manos largas y finas, aquel perfume. Y alguna cosa en Elisabeth le brota después del encuentro. Al final, Felice le ofrece una manzana que Lilly agarra con temblor entre sus manos, mientras guarda la impresión de que la chica le pasa un travieso guiñar de ojos.

Algunos días después, Felice entrará por primera vez al apartamento de la calle Friedrichshaller Strasse 23 y, pronto, otras amigas de Inge poblarán la casa de los Wust para satisfacción de Elisabeth, que gracias a los cuatro hijos recibe cuotas de mantenimientos muy arriba de la media general. Cada vez más arriesgada, Felice comienza a seducir a Lilly abiertamente. Ramo de flores y llamadas telefónicas constantes van envolviendo cada vez más a Elisabeth en un juego cuyos riesgos, aún, no le parecen claros. Así, durante la alegre nochevieja del cuarenta y dos, el propio Günther quedaba satisfecho en ver su casa tomada por tantas mujeres, cuya presencia y alegría dejaban a su esposa feliz y de forma tal como hacía mucho tiempo él no la veía. Sin embargo, el 27 de febrero de 1943, las medidas contra los judíos serán más radicalizadas y todos los trabajadores judíos que aún prestaban servicios forzados debían ser detenidos en las fábricas y encaminados para los campos de concentración. El uno de marzo, después de las pomposas conmemoraciones dedicadas a la *Luftwaffe*, fuerza aérea alemana, un bombardeo inglés aterrorizaba la capital, dejando más de setecientos muertos y cerca de sesenta y cinco mil desabrigados. En ese clima, Felice huye para el interior con una amiga mayor y “heterosexual” – por quien además nutre cierta pasión.

Después de esa rápida separación, amenizada por cartas entre Lilly y Felice, el relacionamiento va finalmente hacia su concretización y de forma cinematográfica. La primera noche de amor ocurrirá el 2 de abril de 1943. A partir de allí, se vuelven inseparables. En el mes de septiembre del mismo año, Elisabeth y Felice – ya autodenominadas *Aimée* y *Jaguar* – se cambian alianzas. La familia Kappler será comunicada de la nueva situación, bien como el marido de Lilly. Ella quiere el divorcio, lo que le provocará desventajas económicas; después de muchas peleas y discusiones

con su marido Günther, llegan a un acuerdo. El 12 de octubre del mismo año, el divorcio se realiza en el registro civil de Alexanderplatz, mientras *Jaguar* espera afuera temblando de frío. Para entonces, Felice había recibido una propuesta de amigos que vivían en la clandestinidad para tentar una fuga de Alemania. Lo piensa pero en verdad, reconoce su pasión por *Aimée* y decide quedarse. Entonces Lilly, después de ese gesto, admite definitivamente su amor incondicional por esa mujer judía. Finalmente comienza el rumbo de Alemania hacia el caos de forma lenta y progresiva. Sin embargo, las amantes casi consiguen ignorar aquel mundo a punto de romperse.

Felice Rahel Schragenheim mantiene una activa vida clandestina en peligroso contexto y amenaza diaria, prácticamente flirtea con la posibilidad del fin. Aunque sus actividades continúen en gran parte envueltas en misterio – el desconocimiento de amigos y personas próximas sobre sus tareas clandestinas eran una medida de protección vital – la verdad es que Felice trabajó en la prensa alemana de su tiempo, tal vez, la más controlada y manipulada de todos los medios de comunicación de los regímenes fascistas de la época. Su breve incursión en el periodismo,⁶ carrera con la que siempre había soñado, incluyó la redacción de la sucursal berlinesa de la *National Zeitung* de Essen, el órgano del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes.

Como se ve, las historias de Felice y Elisabeth son cruzadas por la presencia del periodismo a lo largo de más de medio siglo. Un espacio que en los años cuarenta significaba para Felice dar cuenta de la necesidad previa de obtener informaciones sobre la guerra, además de su hipotética misión como espía – repasando datos de interés para los aliados, a través de algún eventual contacto. Y que, a mediados de la década del ochenta, posibilitó que la verdad sobre Felice y Lilly – la verdad presumida o la *memoria* de una de ellas – pudiese darse a conocer, para finalmente integrar un libro de un periodista de EE.UU. sobre “los buenos alemanes”. El testimonio de Elisabeth Wust finalmente sería explorado en toda su riqueza por la periodista Erica Fischer en la obra *Aimée & Jaguar: Una Historia de Amor, Berlín 1943*, publicada en Alemania en 1994 y editado en Brasil cinco años después.

Aunque se pueda hacer restricciones al trabajo de Erica Fischer⁷, el hecho es que sus largas conversaciones con la señora Elisabeth Wust y la búsqueda de testigos de la

época, en entrevistas ciertamente dificultadas por la edad actual de los personajes que, de alguna forma, acompañaron aquella historia de amor en la Berlín de 1943, posibilitaría recuperar una pequeña perla, de otra forma, barrida para siempre de la Historia. Hay que detenerse en la fuerza y la belleza de los poemas y de las cartas intercambiadas por *Aimée* y *Jaguar*, además del diario que Lilly inicia en aquel fatídico 21 de agosto de 1944, cuando, a la vuelta de un paseo bajo el sol a la vera del río Havel, los hombres de la Gestapo las pescan y llevan “a la judía Felice Sara Schragenheim” a prisión, primera etapa de un tortuoso recorrido que incluiría Theresienstadt, Auschwitz-Birkenau, Gross-Rossen y, probablemente, Bergen-Belsen.

De esa combinación entre banales materias, reportajes, proyectos editoriales, investigación histórica, entrevistas, diarios, cartas, poemas, fotografías de la época, registros historiográficos, relatos variados de los sobrevivientes y testimonios, - en fin, productos simbólicos de consumo eventualmente masivos -, emerge una Felice Schragenheim, o una *Jaguar* que ciertamente es (también o en gran parte) una creación de memorias externas a su propia persona. Una Felice todavía posible, saliendo del anonimato en el cual se encontraba juntamente a cinco o seis millones de víctimas, todas destituidas de sus rostros, voces, nombres, documentos, posesiones, de sus biografías y recuerdos, sus pequeñas rutinas o sus posibilidades interrumpidas, arbitraria y violentamente. Pues la memoria, como observaría Marta Tafalla, no es apenas la recordación de lo que fue, pero sí siempre también de lo que podría haber sido, de los “sueños estacionados en calles muertas” (2003: 145).⁸

El rescate de *Jaguar*, a partir de los recuerdos de su *Aimée* está vinculado, en tres momentos distintos, -1981, 1985 y 1994-, al periodismo contemporáneo. Con Erica Fischer, en mediados de la década del noventa, la joven judía de modos refinados y orientación homosexual, muerta a los veintidós años bajo circunstancias para siempre ignoradas, resistiría, de alguna forma, a la “guerra contra la memoria”, promovida por el III Reich hace ya medio siglo. Ese enfrentamiento, irónicamente, se da en el ámbito de que Adorno y Horkheimer, con tamaño vigor, criticaron radicalmente en su texto sobre la Industria Cultural y que Walter Benjamín responsabilizó por la declinación – y muerte – del arte de la narrativa. En un texto memorable intitulado *El Narrador: consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov*, Benjamín, amigo y mentor intelectual de Adorno, él mismo víctima del III Reich, hacía ver que una nueva forma de

comunicación – la información – pasaba a ejercer una influencia notable, sin embargo nefasta, sobre la forma épica. La consolidación de la burguesía, “de la cual la prensa, en el alto capitalismo, es uno de los instrumentos más importantes” correspondía a la consolidación de un modelo de comunicación, simplemente “incompatible con el espíritu de la narrativa” (1994:202).

Benjamín percibía con lucidez que la novela burguesa ya tendía a transformar al arte de la narrativa. Se trataba del “primer indicio de la evolución que después iba a terminar en la muerte de la narrativa”. Pero las noticias, hechos que ya nos llegan acompañados de explicaciones, plausibles y pasibles de verificación inmediata, son más amenazadoras que la novela; y le provocarán la crisis a la misma novela. “Cada mañana recibimos noticias de todo el mundo y, sin embargo, somos pobres en historias sorprendentes”. Esa pérdida del sentido de la experiencia⁹ - una vez que las experiencias están dejando de ser comunicables – es coherente con un mundo en el cual, “casi nada de lo que pasa está al servicio de la narrativa, y casi todo al servicio de la información”. No se trata, como se puede percibir, de una cuestión simplemente estética o “comunicacional”. Si el arte de narrar está terminando es porque “la sabiduría – el lado épico de la verdad – está en extinción” (Benjamín. 1994: 201-203).

Es de pensar hasta qué punto la memoria y el *testimonio* son la virtual posibilidad de revertir o, al menos, amenizar el descenso de la narrativa – al heredar y mantener algo de su *espíritu* en estos tiempos posmodernos. Además, eso se da en un tiempo en que la cuestión es pensada bajo la premisa de una sociedad de consumo, en la cual los bienes simbólicos son vistos como productos destinados a un – eventual – frenético “*consumo cultural*”, para retomar una vez más la consagrada expresión de Néstor García Canclini. Hay que recordar también que, en la visión del autor latinoamericano, que ha propuesto la investigación sistemática en este ámbito, la particularidad del “consumo cultural” está justamente en la afirmación de este como: “el conjunto de procesos de apropiación y usos de productos en los que el valor simbólico prevalece sobre los valores de uso y de cambio, o donde, al menos, estos últimos se configuran subordinados a la dimensión simbólica (1993: 34).

Retornando a la cuestión propuesta anteriormente, una pista positiva nos la da el propio Benjamín: si la información “sólo tiene valor en el momento en que es considerada nueva”, la narrativa, al contrario, “conserva sus fuerzas y después de mucho tiempo aún

así es capaz de desenvolverse” (1994: 204). También es instructivo recordar que la idea de eternidad se atrofia y que la muerte pierde, en el transcurso de los últimos siglos, “su omnipresencia y su fuerza de evocación”, ya que, la sociedad burguesa del siglo XIX, con sus instituciones higiénicas, permite a los hombres evitar al espectáculo (hasta entonces público y de carácter ejemplar) de la muerte. Así, “la muerte es cada vez más expulsada del universo de los vivos”. Pues es justamente en el momento de la muerte “que el saber y la sabiduría del hombre y, sobretodo, su existencia vivida”, - sustancia de donde provienen las historias – asumen por primera vez una forma trasmisible.

“Así como en el interior del que agoniza desfilan innúmeras imágenes – visiones de sí mismo, en las cuales él se habría encontrado sin darse cuenta – así lo inolvidable aflora de repente en sus gestos y miradas , confiriendo a todo lo que le respecta a sí mismo aquella autoridad que mismo un pobre diablo posee al morir, para los vivos a su alrededor. En el origen de la narrativa está esta autoridad “(Benjamín. 1994: 207-208)

¿Habría la memoria de las víctimas de la *Shoah* reavivado, de alguna forma, algo de la fuerza en descomposición de significados de eternidad y de muerte – bien como de su autoridad – tan vitales para la narración? Tales cuestiones permanecen abiertas. Tal vez la respuesta deba ser mejor buscada en otros productos culturales, sobretodo, en obras como las de Primo Levi, Paul Celan, Jorge Semprúm, Elie Wiesel e Imre Kerész, algunos de los principales sobrevivientes que lograron dejar su testimonio. Sin embargo tenemos aquí, puntualmente, un texto que rescata de la *nada* a Felice Rahel Schragenheim. En defensa de la narrativa de la periodista Erica Fischer se puede invocar al propio Theodor Adorno, en *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*: “es con el sufrimiento que se debe ser solidario” dirá el filósofo a cerca del papel de intelectual aún dispuesto a dar pruebas de solidaridad y humanidad: “el menor paso en el sentido de divertirlos es un paso para endurecer el sufrimiento” (1993: 20). Contra la cultura de masa –y de consumo- , a los medios en general y al periodismo en particular bastaría retomar, sintéticamente, la posición ya clásica de Adorno y Horkheimer sobre la Industria Cultural, en la *Dialéctica del Iluminismo* (1985): el esclarecimiento constitutivo en la industria de la (*in*)cultura sirve a la más completa mistificación de la masa. Se infiere de aquí que la cultura, al “administrar toda la humanidad”, acaba por administrar también “la ruptura entre humanidad y cultura” (1993: 130) como recuerda Adorno en *Minima Moralia*.

Bibliografía

Adorno, T. (1993). *Mínima Moralia. Reflexões a partir da vida danificada*. São Paulo: Ática.

----- y Horkheimer, M. (1985). *Dialética do Esclarecimento*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editores.

Benjamin, W. "O Narrador: Considerações sobre a obra de Nikolai Leskov". En: Benjamin, W. (1994). *Walter Benjamin. Obras Escolhidas. Magia e Técnica, Arte e Política*. Volume I. São Paulo: Editora Brasiliense.

Drezik, P. (2001). *La memoria de las Cenizas*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Patrimonio, Museos y Artes.

Fischer, E. (1999). *Aimée & Jaguar*. Rio de Janeiro: Record.

García-Canclini, N. "El consumo cultural y su estudio en México: una propuesta teórica". En García-Canclini, N. (Org.). (1993). *El consumo cultural en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Mate, R. "En torno a una justicia Anamnética". En Mardones, J. y Mate, R. (Eds.). (2003). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Seligmann-Silva, M. (2003). *História, Memória, Literatura: o testemunho na era das catástrofes*. Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Tafalla, M. "Recordar para no repetir: el nuevo imperativo categórico de T. W. Adorno". En Mardones, J. y Mate, R. (Eds.). (2003). *La ética ante las víctimas*. Barcelona: Anthropos Editorial.

¹ Su cuenta de correo electrónico es: adrianakurtz@terra.com.br

² La historia del III Reich, advertiría el judío italiano Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, podría ser releída como la guerra contra la memoria, falsificación orwelliana de la memoria, falsificación y negación de la verdad, dice Márcio Seligmann-Silva al presentar la obra *História, Memória, Literatura: O Testemunho na Era das Catástrofes* (2003:52).

³ Adorno parece seguir la posición de Walter Benjamín recuperada por Reyes Mate en el texto "En torno de una justicia anamnética", sobre el alcance del poder de la memoria ante el reto de hacer justicia a los que fueron víctimas de traumas o violencias como la de Shoah. En una controversia trabada en correspondencia con Max Horkheimer, Benjamín diría que la memoria, al contrario de las ciencias históricas, sería capaz de "abrir expedientes que esta daban por encerrados": o sea, la memoria podría mantener vivos derechos o reivindicaciones que para la ciencia estarían prescritos o saldados. Horkheimer le respondió, entre irónico y escéptico, que solamente sobrevivían al tiempo los derechos de los vencedores, que serán los dominantes en el presente. Los derechos de las víctimas, al contrario, decaerían, ya que "los muertos, muertos están". La afirmación de que el pasado está cancelado sería idealista. La injusticia pasada ocurrió y acabó. "los vencidos están definitivamente vencidos" (Mates. 2003:116)

⁴ "Cuando se proclama el progreso se instaura el olvido y se niega el derecho a la existencia del pasado, en el cual son enterrados los perdedores". La advertencia de Adorno refiere a una visión de progreso que

deslumbra con una falsa esperanza, que vende “futuros” a cambio del dolor del presente, mientras permite que en el futuro el sufrimiento sea mayor. Así que “todo progreso protegido por las mentiras del olvido se transforma en un cheque en blanco para la barbaridad”(Tafalla. 2003:145)

⁵ Los que sufrieron no son apenas víctimas, un perdedor carente de futuro, mas un narrador en potencia. Es un poseedor de conocimientos vitales que los “vencedores” (los verdugos) pierden o falsean, conocimientos esos que se deben transmitir al mismo tiempo en que se denuncia la injusticia cometida. De eso depende su salvación, bien como la justicia futura. Así, la libertad perdida por el hecho de ser una víctima de la historia puede ser recuperada cuando se convierte en autor de su propia historia. Quien no puede crear su vida libremente, puede sí recrearla en forma de obra de arte y transformarse en ella, ofreciéndole a la sociedad la posibilidad de, también, transformarse. De esta forma, para Adorno “memoria y libertad se realizan en el testimonio y de manera más plena, en obra de arte” (Tafalla. 2003:142).

⁶ Felice también adoraba la fotografía y nunca se separaba de su cámara Leica. El gusto por fotografiarse a ella misma y a sus amigas le costaría caro. Fue a partir de una foto suya, en poder de una conocida ya detenida por la GESTAPO que ella sería identificada y capturada. Una de las deponentes del libro cree que Felice había trabajado en el *Völkischer Beobachter*, hipótesis aparentemente poco probable. El hecho de su falsa identidad y el acceso a los medios de la época le garantizaban estar concientemente informada sobre los sucesos de la guerra. Existe aún el relato de que Felice habría conseguido documentación sobre “Asuntos Confidenciales del III Reich” sobre deportaciones de judíos para Hungría. En *Aimée & Jaguar* (1999)

⁷ La periodista, escritora y traductora Erica Fischer parece mezclar la cuestión de opciones que tuvieron Lilly y Felice con las de su propia vida personal. Hay un foco de tensión no resuelto que acaba por llevar a la autora a un implícito juzgamiento – y condenación – sobre su principal fuente, Elizabeth Wust. El epílogo de la obra es digna de una junta sicoanalítica. Esa postura va a impregnar incluso el punto de vista de la narrativa de *Aimée & Jaguar* filmado por Max Färberbock. La bellísima película premiada en el festival de Berlín de 1999 llega al ridículo de sugerir que la “culpa” de la deportación y consecuente muerte de Felice Schragenheim podría ser de su amante, al intentar verla personalmente en Theresienstadt.

⁸ Se trata de la dimensión utópica, que en la lectura de Marta Tafalla hacia una filosofía de memoria en Adorno, estaría ligada a la capacidad de recordar. Pues la memoria es capaz de recuperar una pluralidad de caminos posibles que fueron descartados y que siguen prometiendo futuros distintos – tanto para la historia de la humanidad cuanto para cada historia individual (2003:145)

⁹ La primera Guerra Mundial evidenció esta crisis. Terminada la matanza, los combatientes “volvieron mudos del campo de batalla”. Esos hombres, por lo tanto, no retornaban más ricos y sí más pobres en experiencias comunicables”. Son cada vez más raras las personas que saben narrar debidamente. “Es como si estuviésemos privados de una facultad que nos parecía segura e inalienable: la facultad de intercambiar experiencias”. Ocurre que es justamente la experiencia “que pasa de persona a persona”, la fuente a que recurren todos los narradores (Benjamín. 1994).

